

Edward Gibbon

Ensayo sobre el estudio
de la literatura

Edición y traducción de
Antonio Lastra

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2022

© De la edición y la traducción, Antonio Lastra 2022

© **Ediciones del Subsuelo S.L.U. 2022**

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-122754-5-2

Depósito legal: B 3949-2022

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Plaça Verdaguer, 1 – 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Índice

Introducción	9
Nota a esta edición	19
Bibliografía	23
Ensayo sobre el estudio de la literatura	31
Capítulos inéditos	125

Introducción

Am I worthy of pursuing a walk of literature [...]?

EDWARD GIBBON

‘Hints of Some Subjects For History’ (1761)

The Miscellaneous Works,

John Murray, Londres, 1814, vol. V, pp. 487-88.

Edward Gibbon no sabía alemán. A pesar de contar en los estantes de su librería con los setenta y nueve volúmenes de la *Bibliothèque germanique* y haber pensado, tras la publicación en 1761 del *Essai sur l'Étude de la Littérature* (*Ensayo sobre el estudio de la literatura*), en la libertad de los suizos como tema para empezar a escribir una historia, siguiendo su instinto secreto de la infancia, la dirección que Formey le había dado a la colección de documentos de la «historia literaria de Alemania, Suiza y los Países del Norte» estaba pensada para el público europeo de habla francesa en el que Gibbon se había educado durante su exilio en el Pays de Vaud y, tras alguna decepción, el joven escritor acabaría desechando su primera opción, cuyos materiales —como confesaría en sus *Memorias*— eran inaccesibles para él, encerrados como estaban «en la oscuridad de un viejo y bárbaro [un término cargado de connotaciones para

el futuro historiador del Imperio romano] dialecto alemán, que desconozco por completo y que no puedo decidirme a aprender con ese único y peculiar propósito». En otro pasaje se justificará diciendo que Leibniz y Federico, el primero de los filósofos de Alemania y el primero de sus reyes —en una distinción escrupulosamente platónica—, habían escogido el francés como vehículo de expresión, y solo David Hume, que leyó el esbozo suizo, estaba convencido, como le diría al aspirante a historiador que escribía en francés «porque pensaba en francés» y cuya identidad (no solo lingüística) era vacilante, de que el idioma del futuro sería el inglés.¹ Cuando, en 1776, sin que nadie lo esperara del atildado caballero que frecuentaba los clubs de Londres, se publicó el primer volumen de *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* (*La historia de la declinación y caída del Imperio romano*) del hacendado Edward Gibbon —escrita en un inglés que parecía no tener tradición alguna a sus espaldas ni mucho menos un sustrato biográfico—, solo la incipiente escritura constitucional de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América podría rivalizar en cuanto a su alcance, y cuando, en

1. [Jean Henry/Johann Heinrich] Samuel Formey se hizo cargo de la *Bibliothèque germanique* a partir de 1740. Divulgador de la filosofía de Wolff y jurista al servicio de Federico II de Prusia (Gibbon escribiría páginas imborrables sobre los juristas imperiales), Formey colaboraría en la *Encyclopédie* de d'Alembert y Diderot. Véanse las *Memorias de mi vida* de Gibbon (citadas en la Bibliografía) para la elección de la libertad de los suizos como tema histórico y para la carta de Hume en la que le exhorta a dejar de escribir en francés.

1781, Gibbon diera a la imprenta una segunda edición del primer volumen (con algunas variaciones significativas en los dos últimos y polémicos capítulos sobre el cristianismo), así como los volúmenes segundo y tercero —que declinaban la ambigua «traducción» o «traslación» del Imperio—, la publicación, en la lejana capital de uno de los países del norte, de un libro titulado *Kritik der reinen Vernunft* (*Crítica de la razón pura*) no pudo llamarle la atención ni el nombre del autor, Immanuel Kant, decirle nada al historiador.

En el corazón de ese libro, sin embargo, se encontraba la formulación que modificaría sustancialmente la pauta de aproximación a los antiguos y la relación misma entre la Antigüedad y la Ilustración. A propósito del término «idea», al que recurría para evitar un neologismo, Kant advertía que el «descuido de su creador» (*Unbehutsamkeit seine[s] Urheber*, es decir, de Platón) podía haber hecho que su antiguo uso se hubiera vuelto fluctuante, y añadía:

No quiero entrar aquí en una investigación literaria para dar con el sentido que el eminente filósofo atribuía a su expresión. Solo advertiré que no es insólito, al comparar los pensamientos que un autor expresa sobre su tema, tanto en la conversación ordinaria como en los escritos, entenderlo mejor incluso de lo que él mismo se entendía [*ihn so gar besser zu verstehen, als er sich selbst verstand*].²

2. Immanuel Kant, *Kritik der reinen Vernunft* A312/B368-A314-B370. Sobre «the translation of empire», véase *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, ed. de D. Womersley, Allen Lane/

Entender a un autor mejor de lo que el autor se entiende a sí mismo ha sido, desde Kant, el procedimiento de la hermenéutica contemporánea, en paralelo a la sustitución del paradigma de la declinación y caída por los paradigmas de la *interpretatio graeca*, la «antigüedad tardía» o la «Ilustración radical», que señalarían, cada uno a su modo y con mayor o menor éxito, en la dirección del final del mundo que Gibbon había estudiado y de la validez misma de su propia interpretación, esbozada en sus líneas fundamentales en el *Ensayo sobre el estudio de la literatura*, el equivalente real de la *literarische Untersuchung* que Kant no había llevado a cabo. Una consecuencia adicional de este cambio de paradigma sería el abandono del francés como lengua europea a lo largo del siglo XIX, relegado como vehículo de la «civilización» o de una literatura entendida casi exclusivamente como ficción o poesía, y el predominio de una *höhere Philologie* de habla alemana, consagrada como «ciencia» y «cultura», que cuestionaría incluso el manejo de las fuentes de Gibbon.³ Los primeros lectores de Kant en In-

The Penguin Press, Londres, 1994, vol. 1, p. 598 (cap. XVII, n. 53; en adelante, *DF*, capítulo, volumen de Womersley y número de página).

3. El uso del término *civilisation* en la obra de François Guizot está estrechamente vinculado a su traducción de la *Declinación y caída* de Gibbon. Una segunda edición de la *Histoire de la décadence et de la chute de l'Empire romain*, dedicada «à rétablir constamment tout le texte et le texte seul de l'Auteur», se publicó en 1828, el mismo año en que Guizot, repuesto en su cátedra de la Sorbona, impartió su célebre curso sobre la *Histoire de la civilisation en Europe*. Las ramificaciones de esta separación espiritual llegan hasta el uso despectivo del término *Zivilisationsliterat* en el joven Thomas Mann.

glaterra, aglutinados en torno al poeta y teólogo romántico Coleridge, fueron extremadamente hostiles al legado del historiador. Es curioso, al respecto, que Kant no hubiera leído directamente a Platón, sino que hubiera extraído sus apreciaciones de la *Historia critica philosophiae* de Jacob Brucker, un historiador a quien Gibbon cita con precisión en su *Declinación y caída* para distinguir a los filósofos de los sofistas en el momento decisivo de la transformación de la academia platónica durante el Imperio en el cuerpo oficial de *profesores*.⁴ La sucesión de «la critique» y «l'esprit philosophique», así como la figura del «historien philosophe» que Gibbon trazaría en el *Ensayo*, pensando sobre todo en Tácito, y a la que sería fiel durante el resto de su vida, habrían sido imposibles sin «le travail de l'érudit» que acabó encontrando un asilo en el inmenso e irónico aparato textual de la *Declinación y caída*. Pero es dudoso que esa honestidad como lector pudiera estar basada en la convicción de haber entendido a los autores antiguos —desde Homero, la primera gran lectura de Gibbon, hasta Virgilio en el *Ensayo*— o a los anticuarios modernos —como «the learned Benedictine» Montfaucon mencionado en la última nota de la *Declinación y caída*— mejor de lo que ellos mismos se habían entendido. Aún se lee a los antiguos, dirá

4. Gibbon poseía los seis volúmenes de la segunda edición de Brucker (1767). Véase la importante remisión de *DF* XL 2.614, n. 153 a la última época de los filósofos paganos. Sobre el platonismo de Gibbon (*i. e.* la relación de la filosofía con los dioses de la ciudad), véase mi introducción a las *Memorias de mi vida*.

Gibbon en el 'Aviso al lector' del *Ensayo*, pero ya no se estudian.⁵

Sin embargo, que se pueda entender a los autores antiguos mejor de lo que ellos se entendieron a sí mismos es también la opinión del último gran intérprete de Gibbon, J. G. A. Pocock. En su opinión, el dominio de un conocimiento crítico que le permitía «volver a los antiguos con la exigencia de entenderlos mejor de lo que se habían entendido a sí mismos» hacía de Gibbon un «moderno». En el *Ensayo sobre el estudio de la literatura*, sin embargo, el término «moderno» aparece solo en tres ocasiones y ninguna de ellas autoriza a considerar a Gibbon un moderno ni un partidario de los modernos. En la primera, Gibbon recuerda la célebre disputa o querrela entre los antiguos y los modernos, que los enciclopedistas, en su pugna con las academias por la hegemonía intelectual en la Francia posterior al reinado de Luis XIV, habían reavivado y zanjado: tanto el *Discours préliminaire à la Encyclopédie de d'Alembert* como el artículo ERUDITION le habían proporcionado a Gibbon el pretexto para su *Ensayo*. «No ha habido nunca —dirá en el capítulo VI— un combate tan desigual.» La derrota de

5. Sobre el paradigma kantiano y los malentendidos de su influencia en la hermenéutica ha de verse *Wahrheit und Methode* de Hans-Georg Gadamer (*Gesammelte Werke*, Band 1, J. C. B. Mohr, Tübinga, 1990, en especial pp. 188-201). Sobre la recepción de Gibbon en Alemania, véase *Edward Gibbon im deutschen Sprachraum. Bausteine einer Rezeptionsgeschichte*, ed. de Cord-Friedrich Berghahn y Till Kinzel, Universitätsverlag WINTER, Heidelberg, 2015, que recoge la síntesis de Jacob Bernays: «Gibbon, Lessing y Kant son los tres inmortales del siglo XVIII» (p. 14).

los antiguos habría supuesto también la derrota de los anticuarios o *érudits*, un término considerado un neologismo en la época. «Nuestros literatos se han convertido en eruditos.» En la segunda mención, en el mismo capítulo, Gibbon remite en una nota a pie de página a la equilibrada *Digression sur les Anciens et les Modernes* de Fontenelle, cuya longevidad le permitiría compensar en una época lo que había dicho en otra. En la tercera, mucho más irónica (véase el capítulo XLI), Gibbon se limita a mencionar las supuestas «ventajas de los antiguos»: ¡las luchas de fieras en el anfiteatro habrían fomentado la historia natural! El sintagma, en cualquier caso, ya había aparecido en el capítulo XIII: «Los antiguos conocían sus ventajas y las aplicaban con éxito».⁶

En lugar de pretender conocer a los antiguos mejor de lo que los antiguos se habían conocido a sí mismos, Gibbon defendería en su *Ensayo* el conocimiento de la antigüedad y empezaría a vislumbrar la diferencia fundamental entre el «espíritu filosófico» y —con el término de Voltaire— el «siglo». Que se tratara de una diferencia y no de una yuxtaposición separaría a Gibbon de lo que Voltaire se había propuesto diez años antes con *Le Siècle de Louis XIV* (1751): pintar «l'esprit des hommes dans le siècle le plus éclairé qui fut jamais» (I, Introducción). Como d'Alembert había estipulado, el conocimiento de la antigüedad debía

6. Véanse J. G. A. Pocock, *Barbarism and Religion*, Cambridge University Press, 1999-2015, 6 vols. (vol. 1, p. 4; sobre el *Ensayo*, pp. 208-239), y *La Querelle des Anciens et des Modernes*, ed. de Anne-Marie Lecoq, Gallimard, París, 2001.

pasar necesariamente por la filosofía: sin el conocimiento filosófico de la antigüedad —escribirá el joven Gibbon— «confundiríamos en todo momento lo increíble con lo absurdo» (capítulo XLVII). La filosofía aplicada a la historia hace de la historia una ciencia, la ciencia de las causas y los efectos. Pero los modernos —y aquí Gibbon se referiría casi exclusivamente a los enciclopedistas— no han sido capaces, a diferencia de los antiguos y de los anticuarios (o eruditos), de retener los hechos: Gibbon le reprocharía a d'Alembert que quisiera quemar cada cien años los que no fueran útiles a otra generación. Solo Montesquieu entre los modernos, y Tácito por encima de antiguos y modernos, podrían merecer entonces, a los ojos de Gibbon, el nombre de «historiadores filósofo», y la lectura entre líneas (y entre notas) de la futura *Declinación y caída* pondrá de relieve el vínculo entre el historiador filósofo y la tarea de los eruditos modernos despreciados por la Ilustración, en parte por su adscripción a las confesiones religiosas: los católicos Tillemont, La Blérierie, Montfaucon, o el protestante Beausobre (a quien cita en la única referencia a la *Bibliothèque germanique* en la *Declinación y caída*), eclipsados por la moda de los *philosophes* y que Gibbon podía poner al lado de los «pirrónicos» (un término del *Ensayo*) Le Clerc, Bayle o Giannone, no menos eruditos. Desde luego, ni la religiosidad ni el librepensamiento lograrían desviar la atención de Gibbon del hecho fundamental de la discordancia entre el espíritu y el siglo. En sus *Memorias*, Gibbon se mostraría satisfecho de su examen del sistema del paganismo en el *Ensayo* casi en los mismos términos en los que, al final de la *Declinación y caída*, se mostraría satisfecho de su capítulo sobre

Atanasio. Allí donde los *philosophes* veían un consenso y un solo mundo de lectores, Gibbon adivinaba en toda elevación del César una separación de la literatura y su significado, así como el inicio de la corrupción de todos los órdenes.

Es probable que, al desechar los capítulos del *Ensayo* que quedaron inéditos, especialmente los dedicados a la religión y la teología —y que ahora procuran una continuidad de impresión con los capítulos editados sobre el politeísmo y la historia eclesiástica de la *Declinación y caída*—, Gibbon comprendiera que, para ser digno de recorrer el camino de la literatura, un camino del que Tácito se había considerado digno a diferencia del vacilante Plinio el Joven, le hacía falta un conocimiento de la antigüedad que no se limitara solo a la antigüedad. Si al Imperio debía sucederle la Iglesia, o a la historia civil una historia eclesiástica, en una tensión que duraría hasta la caída de Constantinopla y los últimos concilios que trataron de reunir a Oriente y Occidente en una suerte de «estados generales de Europa», como Gibbon escribiría muy poco antes de la convocatoria de los estados generales en Francia y el estallido de la Revolución,⁷ lo que hubiera sido la filosofía desde Platón no podía ponerse al servicio del siglo ni, con el término de los modernos, el Estado. «La filosofía esclarecida de este siglo disipa sin esfuerzo toda esta ilusión: el dios Augusto no se ha considerado nunca más que una máquina de la política», dirá en el penúltimo capítulo inédito, que perfectamente habría podido encajar en los primeros capítulos de la *Declinación y caída*.

7. *DF*. LXX, 3.1050.

A su vuelta a Lausana en 1783, donde había pensado establecerse en el declive de su vida, Gibbon dejó en su casa de Londres muchos de los libros de su inmensa biblioteca. Uno de ellos fue el *Ensayo sobre el estudio de la literatura*, que quedaría junto a los veinte volúmenes de las *Mémoires de l'Académie des Inscriptions* —el gran repositorio de la erudición francesa que fue casi la primera adquisición de Gibbon como lector adulto—, la *Bibliothèque germanique*, el Tácito de La Blérierie (que nunca llegaría a citar) o las obras de Le Clerc y Bayle, entre otros, que formaban todo un pasado histórico y personal que había ido consolidándose en la escritura de *La historia de la declinación y caída del Imperio romano*. Literato en su gabinete, como se había descrito en el *Ensayo*, en su nueva biblioteca, minuciosamente clasificada, Gibbon no supo, sin embargo, dónde colocar su gran libro. Leer ahora el breve y delicado *Ensayo* puede preparar al lector para la lectura infinita de la *Declinación y caída*.